

EL MUCHACHO QUE PERDIÓ EL BILLETE

- Sergio -llamó el papá-, que estaba ocupado martillando en su pequeño taller-, ven aquí, por favor.

-Sí, Papá -murmuró una voz soñolienta desde el interior de la casa.

- Ven. Quiero que me ayudes un poco.

- No tengo ganas de salir -dijo la voz.

- Mejor será que vengas pronto, hijo. No estoy dispuesto a quedarme esperándote.

Sergio pensó que era hora de moverse, y comenzó a salir del comedor.

- ¿Qué quieres que haga? -preguntó.

- ¿Qué quiero que hagas? -dijo el papá -. Bueno, hay montañas de cosas para hacer. Estoy por construir un nuevo gallinero en el fondo del jardín, y quiero que me ayudes a acarrear la madera.

-¡Uf! -rezongó Sergio-, yo iba a jugar...

-Este será un lindo juego-respondió el papá -. Ven, vamos, comienza a trabajar. Aquí está la madera, y tú sabes dónde tienes que llevarla.

- ¿Dónde, tengo que llevarla? -preguntó Sergio, tratando de pensar en cualquier excusa con tal de retrasar el trabajo lo más posible.

- Allá, hasta el fondo del jardín.

- ¿Qué maderas quieres que lleve?

- Esta madera -dijo el papá, algo más nervioso.

- Pero no puedo llevar todo eso.

- Claro que puedes. Apúrate, vamos. Estaré de vuelta con las herramientas antes que tú termines.

Sergio se movió lentamente hacia la pila de madera.

- Uf, Papá - rezongó -, es demasiado pesada.

- ¡Demasiado pesada! ¿Para un muchacho grande como?

-No la puedo levantar -dijo Sergio.

- ¿Por qué no?

- Demasiado pesada.

Sergio levantó una tabla y la dejó resbalar de sus manos hasta que cayó con estrépito.

- No hay caso -dijo-, no puedo hacerlo.

- Ahora, mira un poco -dijo el papá, pensando en una idea brillante -, ¿cuánto demorarías en llevar esa madera hasta el fondo del jardín si te diera un billete de éstos?

Y al decirlo dejó entrever un billete nuevecito en el bolsillo de su pantalón.

- ¿Uno de éstos? -preguntó Sergio, olvidando de pronto todo lo que estaba diciendo-. ¿En serio me darás dinero por hacer el trabajo?

- No, yo no prometí eso -replicó el papá; sólo me preguntaba cuánto demorarías en llevar esto hasta el fondo del jardín si yo te diera un billete.

- Mmmm... no sé -vaciló Sergio, muy interesado pero no muy seguro de adónde quería llegar el papá.

- ¿Te gustaría recibir un billete por hacer el trabajo? -preguntó el papá alegremente.

-¡Sí, claro que sí! - asintió Sergio.

- Bueno -dijo el papá -, antes de hacer el trato, déjame ver cuán rápidamente podrías llevar todo si yo te diera el dinero.

- Muy bien -dijo Sergio, tomando la tabla que estaba más arriba y corriendo por el jardín con la mayor rapidez que le permitían sus piernas. En menos de dos minutos estaba de vuelta en la pila.

- ¿Fui suficientemente rápido? -preguntó.

-Sí, eso estuvo muy bien -dijo el papá -. De manera que no eran tan pesadas, después de todo. Ahora puedes ir a casa.

- ¡A casa! -exclamó Sergio-; ¿para qué? Hay que llevar toda esa madera hasta el fondo del jardín.

-Sí, ya sé -dijo el papá- Es cierto. Yo la llevaré.

-Pero yo quiero llevarla -dijo Sergio- Quiero ganar, me el dinero que dijiste que me ibas a dar.

- Estoy seguro de que es así -dijo el papá -, pero es demasiado tarde para pensar en ello.

- ¿Demasiado tarde? - exclamó Sergio -. ¿Por qué?, si hay suficiente tiempo antes de que oscurezca.

-Oh, no lo decía por eso -dijo el papá algo triste -. Quiero decir que si lo hubieras hecho por mí desde el principio, sin todas esas quejas y rezongos, gustosamente te hubiera dado el billete que te mostré, y aún más, por ayudarme. Pero si mi hijo no va a trabajar por mí sólo por amor, ciertamente no tengo interés en que lo haga por dinero. Prefiero hacerlo yo mismo.

Hubo un silencio incómodo, y Sergio volvió a la casa muy pensativo.

Temprano a la mañana siguiente, mientras el papá se estaba afeitando en el baño, un ruido en el patio de atrás hizo que mirara por la ventana. En el fondo del jardín vio una extraña pila de leña cortada para la estufa. A mitad de camino por el sendero venía Sergio, con su rostro radiante al pensar en la gran sorpresa con la que iba a sorprender a su papá.

El papá entendió en un instante. Inmediatamente estaba bajando las escaleras, con un lado de su cara cubierto aún de espuma de jabón. Un instante más y estaba otra vez en el baño, completando su interrumpida afeitada. Pero había tenido el tiempo necesario para poner algo debajo de la taza de Sergio en la mesa del desayuno.

Era el billete que había sido perdido y recuperado.